

EN este mes se cumple el primer centenario del nacimiento de Manuel de Falla. Al recordarle, con este motivo, queremos rendir homenaje al músico español más importante y representativo de nuestro siglo. Falla consiguió hacer realidad el anhelado sueño de su maestro Felipe Pedrell, de dar transcendencia a nuestra música. En este punto superó tanto a Albéniz como a Granados, también discípulos de Pedrell. El autor del Retablo, en fin, logró, con su esfuerzo solitario y ascético, universalizar la música de España, revitalizándola con la que se hacía en la Europa de su época. De esta suerte, resolvió una serie de problemas que tenían aprisionada a nuestra música, ofreciéndole un horizonte inédito y prometedor.



En el primer centenario de su nacimiento

Manuel de Falla

(1876-1946)

Francisco Caudet

MANUEL de Falla y Matheu nació, en Cádiz, el 23 de noviembre de 1876. Sus padres eran de origen catalán y valenciano, aunque llevaban varias generaciones asentados en Cádiz, ciudad que había gozado de esplendor gracias al comercio con América, habiendo atraído a comerciantes y banqueros de las diversas regiones españolas. Cuando nació, casi en las vísperas del desastre del 98,

Cádiz empezaba a estar a punto de caer en bancarrota. Sus propios padres se vieron afectados por la crisis y tuvieron que abandonar la ciudad a fines de siglo. Pero el futuro músico pudo vivir aún su niñez en un ambiente burgués y beneficiarse de la fuerte tradición musical gaditana. La ciudad contaba, en efecto, con buenos aficionados y había unas familias de melómanos comerciantes (como los Vinie-

gras y Quirell), que estimularon la inclinación artística del niño Falla.

Su misma familia contaba con una sólida tradición musical. La madre de Falla era una excelente pianista, que intuyó y alentó la temprana predisposición musical de su hijo. Ella fue su primera maestra de piano.

Falla era a los siete años un buen ejecutante de piano y había asistido a varios acontecimientos musicales, como, por ejemplo, las audiciones, en los Viernes Santos, de las **Siete palabras de Cristo en la Cruz**, de Haydn, que siempre habría de recordar. Este famoso **oratorio**, de hecho, le impresionó sobremanera y, a los once años, llegó a interpretarlo en la iglesia de San Fernando (Cádiz). De las **Siete palabras** diría años más tarde: «¡Qué equilibrio! Ni una nota de más, ni una de menos. La perfección absoluta». Este juicio expresa precisamente el ideal estético que Falla iba a perseguir en su vida de compositor.

Sus primeros profesores de solfeo y piano, además de su madre, fueron Eloísa Galuzzo, Luis Odero y Enrique Broca. El párroco José Fedriani influyó también en la formación del futuro pianista y compositor, aconsejando a sus padres que le mandaran a Madrid para continuar los estudios musicales. Pero los problemas económicos de la familia y ciertas

vacilaciones personales retrasaron la carrera de Falla, que será, a fin de cuentas, un músico tardío. Falla tuvo en un principio el deseo de ser escritor. La vocación definitiva de músico la ha fijado él mismo hacia los diecisiete años, edad en que oyó por primera vez una orquesta en la sala del Museo de Cádiz. La vocación se le reveló entonces como rodeada de inseguridad y sintiendo, al mismo tiempo, que debía seguir un camino ascético. En carta a un amigo confesó: «Esta vocación se ha hecho tan fuerte, que tengo incluso miedo; las ilusiones que despierta en mí están muy por encima de lo que me creo capaz de hacer. No digo esto desde un punto de vista técnico, porque sé que con el tiempo y el trabajo la técnica puede ser adquirida por cualquier músico medianamente dotado; pero es la **inspiración** en el verdadero y más alto sentido de la palabra —esta fuerza misteriosa sin la cual, nosotros lo sabemos demasiado bien, no se puede realizar nada verdaderamente útil—, lo que me creo incapaz de alcanzar. Sin la ayuda potente de mis convicciones religiosas, no habría tenido jamás el valor de seguir un camino del que las tinieblas oscurecen la mayor parte. Cosa curiosa: en mi primera vocación (la literaria), la duda estuvo siempre ausente; tal vez porque se trataba simplemente de un capricho de niño».

Falla nos revela aquí la importancia que



Como le definió Altermann, «Falla es a la vez el músico más europeo de España y el más español de los músicos europeos». Con su esfuerzo solitario y ascético, el maestro gaditano —retratado por Picasso en la página contigua e interpretando al piano sobre estas líneas— revitalizó y universalizó nuestra música.



Nacido en Cádiz el 23 de noviembre de 1876, Manuel de Falla se crió en un ambiente burgués que pronto iba a padecer las consecuencias del desastre del 98. Antes de que ello se produjera, le vemos aquí —a los siete años— vestido de Don Juan para una fiesta.

otorgó siempre al trabajo de aprendizaje de técnicas, señalando también el papel primordial que correspondía, según su modo de entender, a la **inspiración**. Era ésta un requisito absolutamente imprescindible para hacer una obra realmente importante. Desde un principio, como dice en el texto arriba citado, su vocación de compositor fue acompañada de una profunda fe religiosa, que nunca abandonó.

En 1890, entró en contacto con José Tragó, profesor del Conservatorio de Madrid. Las relaciones con el famoso maestro se intensificaron a partir de 1898, año en que toda la familia Falla se traslada a Madrid, debido a la delicada situación económica del padre. Falla tenía entonces, en el año del Desastre de Cuba, veinte años, y a esa edad se matriculó en el Conservatorio. Completó en dos años los siete

de la carrera, obteniendo en todos los cursos la nota de «sobresaliente». Estudió como alumno «libre».

A comienzos de siglo, estaba todavía de moda en España la zarzuela, que tuvo cultivadores de relieve como Chapí, Chueca, Barbieri, Vives, Bretón... Era una música hecha a espaldas de la que se hacía en Europa. Pero tenía una gran acogida popular y entre la burguesía, lo que se traducía en provechosas recompensas monetarias para sus autores. Falla, que tenía decidido salir de España y trasladarse a París (para lo que no contaba con medios), intentó conseguir dinero que le permitiera llevar a cabo sus planes, componiendo unas cuantas zarzuelas. Sólo estrenará, sin embargo, una, **Los amores de Inés**, que fue un fracaso. Sin duda, la poca suerte fue beneficiosa para él, pues abandonó el **género chico**, que tan poco futuro musical tenía. (Falla llegó a componer, por esos años, además de **Los amores de Inés**, **El corneta de órdenes**, **La cruz de Malta**, **Limosna de amor** y **La casa de tócame Roque**. Esta última zarzuela fue la favorita de su autor).

Falla tuvo que resignarse a su poca fortuna con este género, sabiendo, por otra parte, que esta música no era la que le interesaba. Bajo la dirección del maestro Tragó, de 1899 a 1905,

CERTIFICACIÓN ACADÉMICA
CURSO
1907 a 1910
N.º 75.

CONSERVATORIO
DE
MÚSICA Y DECLAMACIÓN
CERTIFICACIÓN ACADÉMICA

DON Sicardo Calleja y González
SECRETARIO DEL CONSERVATORIO DE MÚSICA Y DECLAMACIÓN

CERTIFICO que D. Manuel María de los Dolores Falla y Mathen
nacido en Cádiz, provincia de Cádiz, tiene recibidos en este
Conservatorio los estudios siguientes:

Grado y curso	Curso	Calificación en los exámenes	Observaciones
Letras 1.º año	1897 a 1898	Sobresaliente	Letras. Premio
Letras 2.º año	id.	id.	id.
Letras 3.º año	id.	id.	id.
Letras 4.º año	id.	id.	id.
Letras 5.º año	id.	id.	id.
Letras 6.º año	id.	id.	id.
Letras 7.º año	id.	id.	id.

Verificó las operaciones de Conservatorio el Fermín del Río, Director organizador por el Conservatorio, correspondiente al curso de 1907 a 1910, en virtud de adjudicación por el Excmo. Sr. D. José María de los Dolores Falla y Mathen, presidente en su momento de la referida Comisión, que con fecha 1.º de Mayo de 1907, acordó en su sesión de 1.º de Mayo de 1907, que se le concediera el premio de Sobresaliente en el curso de 1907 a 1910, en virtud de haber obtenido en los exámenes de ingreso en este Conservatorio la calificación de Sobresaliente en los cursos de 1907 a 1910, y en virtud de haber obtenido en los exámenes de ingreso en este Conservatorio la calificación de Sobresaliente en los cursos de 1907 a 1910, y en virtud de haber obtenido en los exámenes de ingreso en este Conservatorio la calificación de Sobresaliente en los cursos de 1907 a 1910.

En Madrid a diez de Abril de mil novecientos diez.

Yo Sr. Secretario
Sicardo Calleja y González

Falla se matriculó en el Conservatorio cuando contaba ya veinte años. Su carrera resultó fulgurante (como puede comprobarse a través de este Certificado de Estudios), pues completó en dos cursos los siete de que se componía la carrera, obteniendo además en todas las asignaturas la calificación de «sobresaliente».

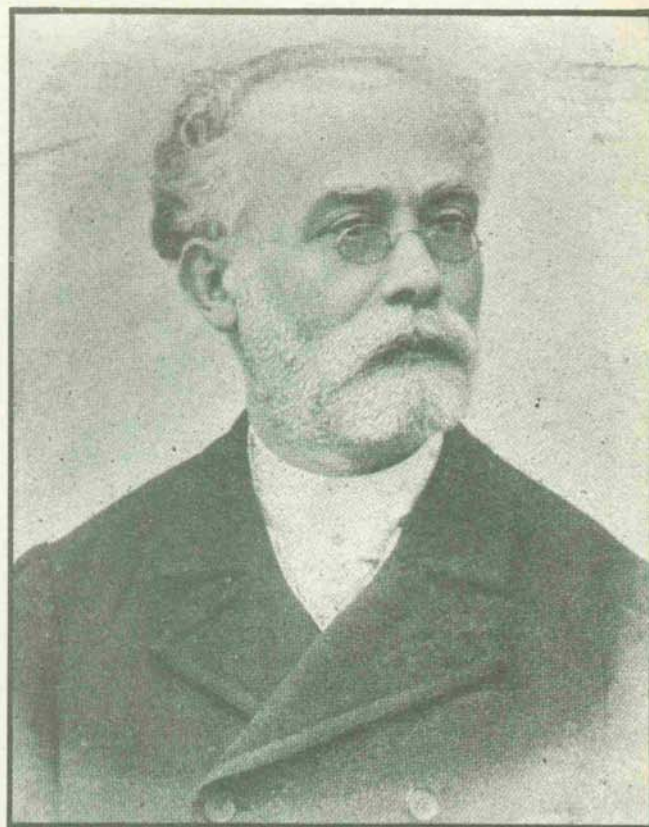
siguió estudiando piano, intensificándose las influencias de Wagner, Bellini y Scarlatti, y en cierto grado la de Debussy, que más tarde —como veremos— sobrepasaría a la de los demás. En este período, más exactamente en 1901, van a ocurrirle dos hechos que tendrían en su vida una enorme repercusión. En ese año, entró en relación con el musicólogo y maestro Felipe Pedrell, el hombre clave de la música española. También en esa fecha, en un puesto de libros del Jardín Botánico, halló casualmente un ejemplar de **La acústica nueva**, de Louis Lucas. La teoría de las disonancias de Lucas y las enseñanzas de Pedrell sobre las riquezas modales contenidas en la música popular, le encaminaron por el sendero estético que le habría de convertir en el renovador de la música española.

Falla empezó a conocer también entonces la obra de Albéniz y Granados, precedentes suyos y también antiguos alumnos de Pedrell. Pero Falla supo agradecer la dirección artística del maestro catalán, llegando a escribir, en la **Revue Musicale**, de él y de algunos de sus alumnos poco agradecidos: *«Es triste que algunos de los que fueron sus discípulos den a entender que sus lecciones no les llevaron a grandes resultados... Por mi parte, afirmo que es a las lecciones de Pedrell y al potente estímulo ejercido sobre mí por sus obras a lo que debo mi dirección artística...»*.

(Ahora bien, Falla, en un momento dado, completó y superó, parte importante de los principios de su maestro. Ello fue gracias a Debussy, con quien entró en relación en París en su viaje de 1907. El mismo Falla puntualizó en un escrito suyo de 1920, publicado también en la **Revue Musicale**: *«Debussy ha completado en cierto modo lo que la obra y los escritos del maestro Felipe Pedrell nos habían ya revelado sobre las riquezas modales contenidas en nuestra música natural y sobre las posibilidades que ellas ofrecían. Pero, mientras que el compositor español hace uso, en una gran parte de su música, del documento popular auténtico, se diría que el maestro francés (Debussy) se aparta para crear una música de él, que no guarda de aquella que la ha inspirado más que la esencia de sus elementos fundamentales...»* Esto produce unos efectos que fueron aprovechados por Debussy y, siguiendo su ejemplo, por Falla).

En 1904, la Academia de Bellas Artes de Madrid convocó un concurso para premiar una ópera española en un acto. En 1905, la Casa **Ortiz y Cussó ofreció un premio** para el mejor pianista de la Península. El maestro Tragó urgió a Falla a que participara en ambos concursos. Sometió a la Academia **La vida breve**,

obra compuesta especialmente para el concurso. A pesar de que Frank Marshal era el favorito de la convocatoria del premio de piano, salió ganador él también. Los dos éxitos, ambos conseguidos en 1905, le dieron un merecido renombre. Falla, tímido, retraído, muy religioso, se aparta de la bohemia madrileña que le aclama, y tras estos éxitos sigue una nueva prueba, bastante dura. **La vida breve** no se estrenó hasta nueve años más tarde (y fuera de España, en Niza). Tampoco pudo dar con un editor en Madrid. Pero no se desalentó ni perdió el convencimiento de que debía mantenerse firme en su vocación, sobre la que no



Tras estudiar con el maestro Tragó, Falla entró en relación con el musicólogo Felipe Pedrell —en el grabado—, hombre clave de la música española. «Es a las lecciones de Pedrell y al potente estímulo ejercido sobre mí por sus obras a lo que debo mi dirección artística», afirmaría el autor de «El sombrero de tres picos».

tenía ya dudas. Trasladarse a París era todavía su meta. Tuvo que esperar, de todos modos, unos años más.

La vida breve es señal inequívoca del talento y originalidad de su autor. Su música, muy española, tiene un lenguaje de alcance universal. Aunque cabe observar efectos e influencias wagnerianos y de la **Carmen** de Bizet, la música de **La vida breve** es un intento de restaurar los auténticos valores de la música peninsular. (El sello de Pedrell es bien evidente. Falla no conocía aún la obra de Debussy ni las realizaciones de la Escuela Rusa). El libreto de Carlos Fernández Flores, peca de ser dema-

siado costumbrista y simplista, de repetir ciertos tópicos casticistas. Falla tuvo casi siempre poco gusto para escoger libretos. Pero, volveremos sobre ello, consiguió, de cualquier modo, restituir gravedad y seriedad a tales tópicos.

España, inmersa, por lo visto, en el estrecho cosmos de la zarzuela, era incapaz de oír y entender **La vida breve**. Sin embargo, esta obra le serviría para ganarse a París, cuando por fin se trasladó a esa capital en 1907. Con ella fue a casa de Paul Dukas, quien, tras su atenta audición, le dijo a su compositor: «Representaremos la obra en la Opera Cómica». Quedaba así sellada una amistad que tanto supondría para el autor del **Retablo**.

A poco de su llegada a París, en 1907, y después de conocer a Dukas y a Albéniz, entabló rela-



Después de algunas experiencias pintorescas, Falla triunfó rápidamente en París, ciudad donde está tomada en 1910 la foto que contemplamos. Allí conocería a Dukas, Debussy, Fauré, Ravel e incluso a sus compatriotas Albéniz y Ricardo Viñes, con los que guardó sostenida amistad.

ciones con Debussy, Fauré, Ravel y con el pianista Ricardo Viñes, con quien le unió una duradera y fraternal amistad. El éxito de Falla en París no pudo ser más rápido. (En cambio, en los primeros meses parisinos tuvo algunas experiencias pintorescas. Así, empezó a trabajar de pianista en una compañía de cómicos de la que fue despedido.)

En 1909, fueron presentadas en París las **Cuatro piezas españolas** para piano (Aragonesa, Cubana, Montañesa, Andaluza). Las interpretó su gran amigo Ricardo Viñes. Acusan la influencia de Albéniz y son un intento de poner en lenguaje culto unas melodías populares.

En 1910, se celebró, también en París, la primera audición de las **Tres melodías sobre versos de T. Gautier**. Evocan una clara influencia impresionista y quisieron ser un homenaje a Francia.

Al fin, en 1913, fue estrenada en Niza **La vida breve**. El éxito fue extraordinario. Uno de los mejores críticos franceses, Pierre Lalo, escribió: «... Lo mejor de la obra se halla en la nota pintoresca, pero que no está formada por trozos separados, sino esenciales: la impresión de la tierra de España, el sentimiento del paisaje, del cielo, del día, de la hora, envuelve en todo momento la acción y los personajes como en una atmósfera sutil... Ningún exceso de color, ninguna búsqueda de efecto brutal, fina sobriedad, matices delicados y precisos, discreción, selección, buen gusto...».

Según otro crítico francés, Roland-Manuel: «La música de **La vida breve** no nos pasea por Andalucía: nos introduce en ella. Así, desde su primera obra, Manuel de Falla sacrifica osadamente el pintoresquismo engañoso y subordina, por instinto, el color a la luz. Orquestador nacido, deja cantar a los timbres sin recargarlos. Ya su ardiente severidad limpia de aderezos que lo desfiguren el rostro de España».

La vida breve fue editado por Max Eschig. Falla inició así sus relaciones con este famoso editor, que en estos años parisinos le ofreció una seguridad económica. Luego, al estallar la primera Guerra Mundial, Falla salió de Francia y Eschig fue encarcelado. Al terminar la guerra, el músico y el editor reanudaron sus relaciones, logrando éste, en gran parte gracias a Falla, rehacer su editorial.

Cuando Falla abandona París, en 1914, trae consigo a Madrid las **Siete canciones populares españolas**. Estrenadas en nuestra capital, en enero, tuvieron un sonado éxito. Puso aquí en práctica las enseñanzas del libro de Louis Lucas, armonizando con su propia inspiración unas melodías populares.

En 1915, terminó en Sitges, en la casa de Rusiñol, las **Noches en los jardines de España**, obra en la que había trabajado, con interrupciones, desde antes del viaje a París. Representan estos **nocturnos** la culminación de los esfuerzos estéticos iniciados con **La vida breve**. Falla, quien tanto debía a Pedrell, muestra haber asimilado además las enseñanzas del impresionismo de Debussy y del orientalismo de Rimsky Korsákof. La música nacional alcanza un rango de universalidad. Es el creador, en fin, de nuestra música nacional. Puede parangonarse, en este punto, con Grieg, con Bartok, con Stravinsky... Como llegó a afirmar Altermann: «Falla es a la vez el músico más europeo de España y el más español de los músicos europeos».

Las **Noches** se estrenaron, en Madrid, en 1916. Arbós dirigió la Orquesta Sinfónica; Cubiles, estuvo al piano.

En unos pocos meses, también en 1915, compuso **El amor brujo**. Nos encontramos de nuevo ante una obra enteramente popular. Se basó en ritmos y danzas gitanos. El libreto es de Gregorio Martínez Sierra. Falla pensó, al componer esta obra, en Pastora Imperio, que estaba en el cénit de su gloria a la altura de esas fechas. **El amor brujo** está en la línea nacionalista ya referida, pero tiene, una vez más, efectos líricos sumamente bellos. Como de costumbre (lo que en parte le aleja de Pedrell y le acerca a Debussy), aprovecha las riquezas y posibilidades modales de la música natural, conservando sus esencias. (Sobre este

extremo, recuérdese la referencia que hemos hecho al texto de Falla sobre Debussy publicado en la **Revue Musicale**.)

En 1917, pone fin a la farsa mímica en dos partes **El corregidor y la molinera**. Luego convertirá esta versión en el ballet **El sombrero de tres picos**, que se estrenó en Londres en 1919. Participaron en el estreno, que fue un gran acontecimiento, los **Ballets Rusos** de Diaghief, Picasso y Ansermet. Partió Falla de la novelita famosa de Alarcón. Scarlatti vuelve a los pentagramas de nuestro músico que traduce ahora ritmos del siglo XVIII, devolviéndonos un mundo goyesco, lleno de picardía, alegría y frescura. Acaso sorprenda, con razón, la orquestación tan plástica de este ballet.

De 1919 es la extraordinaria **Fantasia Bética**, que compuso por encargo de Rubinstein. La **Fantasia** puso fin al llamado ciclo o período «andaluz». La música de Falla se hace más introspectiva, se intelectualiza más, aunque nunca deja de **inspirarse** en las melodías de origen popular.

Curiosamente, esta nueva etapa llamada «castellana» comienza en Granada, en donde vivirá de 1920 a 1939. Horas antes del estreno en Londres del **Sombrero**, en 1919, se enteró del grave estado de salud de su madre. Salió inmediatamente para España, pero no llegó a tiempo de verla en vida. La muerte del padre acaeció al mes siguiente. Falla, que nunca había estado a gusto en Madrid, tras la pérdida de sus padres, que allí lo retenían (vivía



En 1922, Falla crea la Orquesta Bética, con sede en Sevilla y dirigida por su joven discípulo Ernesto Halffter, uno de cuyos ensayos vemos (obsérvese, a la izquierda, al maestro supervisando el trabajo del alumno.) Aunque con problemas económicos, la Orquesta Bética sirvió para dar a conocer las obras de Falla y la música europea contemporánea.



Única fotografía que se conserva del estreno de «El retablo de Maese Pedro» (1919-1922) en casa de la princesa Polignac —quien se la había encargado directamente a Falla—, un año después de la finalización de la obra. Todo el ascetismo del hombre y del músico gaditano se hallan en esta composición sobria y concisa.

con ellos), decidió radicarse en Granada. Dejó Madrid en compañía de su hermana María del Carmen, quien no habría de separarse de su lado hasta sus últimos días. En Granada se rodeó pronto de un grupo de buenos amigos: el poeta Federico García Lorca, el cantaor y guitarrista Antonio Barrios, «El Polisario», los catedráticos Fernando de los Ríos, José M. Segura; los pintores Lanz y Ortiz... Vivió cerca del pueblo, además, ganándose la estima de toda la ciudad, que le nombraría años después hijo adoptivo.

En 1922 tomó parte activa en el famoso «Concurso de Cante Jondo». Desde Granada se propuso crear una Orquesta, que más tarde recibió el nombre de Orquesta Bética, con sede en Sevilla. Fue dirigida por su joven discípulo Ernesto Halffter. A Juan Gisbert y a Segismundo Romero se les debe el apoyo económico y de organización que fueron necesarios para la existencia de la Orquesta. En los años 20, a Falla no se le interpretaba en Madrid, por lo que sus ingresos de autor no le alcanzaban, como él mismo llegó a decir, ni «para el desayuno». La Orquesta Bética, aunque no fue un éxito económico, más bien al contrario, sirvió para dar a conocer las obras de Falla y la música que se hacía en Europa.

En Granada compuso las dos obras que significan la culminación de su proceso artístico y que marcan el definitivo renacimiento de la música española. Estas obras son: **El Retablo de Maese Pedro** (1919-1922) y el **Concierto para clavecín** (1923-1926). (Compuso asimismo otras obras, menores pero importantes, como **Homenaje a Debussy** (1920), **Psyché** (1924), ilustración musical del poema del mismo título de Jean Aubry; **A Córdoba** (1927), sobre el poema de este título de Góngora; **Fanfarre pour Arbós** (1935); **Pour le tombeau de Paul Dukas** (1935); **Balada de Mallorca** (1934?). (De **La Atlántida** hablaremos más adelante).

El **Retablo** consiste en la adaptación musical de dos capítulos del Quijote (los XXV y XXVI, 2.^a parte). Para los arreglos de los textos contó con la colaboración de don Fernando de los Ríos. Falla hizo un estudio a fondo de la música romancesca de la Edad Media y de la música de la Corte del siglo XVII castellano. Quiso reconstruir, sobre todo, esa música, a la que sacrificó y subordinó su propia inspiración. Sigue siendo aquí músico popular, pero abandona aún más lo externo, colorista y local, para adentrarse en las entrañas de lo español más profundo y, de esta suerte, univer-

salizarlo. Todo el ascetismo del hombre y del músico Falla están en esta obra sobria y concisa. Cabe aplicar al **Retablo** el juicio que él emitió —como se recordará— sobre las **Siete palabras** de Haydn: «¡Qué equilibrio! Ni una nota de más ni una de menos. La perfección absoluta».

El **Retablo** se estrenó en Sevilla en 1923. Un crítico (!) de la ciudad opinó: «Nos han dicho que la obra ha sido compuesta por encargo de la princesa de Polignac, ¡buenos sueños va a hacer esta señora!...». Pero triunfó en París, en Zurich, en Londres...

El **Concierto para clavecín** es una composición en que se evoca la faz espiritual de España. Falla encuentra los ejemplos de polifonía abrupta que emplea, en las **cazas** que cantaban los peregrinos medievales de Compostela y Montserrat. Tardó tres años en componer esta obra, que dura veinte minutos. Ningún otro músico español se había adentrado tanto en la tradición hispana ni tampoco se había abierto tanto a las corrientes más modernas. Esta música solamente tiene parangón en Webern o en Stravinsky. Se estrenó en Barcelona en 1926.

En 1927, emprende la monumental empresa de componer **La Atlántida**, sobre el poema épico de mosén Jacinto Verdaguer. Se pone a trabajar de manera intensa, pero con esa es-

crupulosidad característica suya. Esto hace que su labor sea lenta, pero, como siempre, tenaz. La enfermedad respiratoria crónica hace crisis y, en 1933, sufre un ataque de nervios. La vida en Granada le resulta insoportable, a causa de los ruidos. Hace lo posible para que el ayuntamiento implante las Ordenanzas de Ruidos. La vida política del país le produce, asimismo, graves inquietudes. En 1936, a poco de estallar la guerra civil, el asesinato de su querido amigo Federico Gacía Lorca hace que se encierre en su casa y se niegue a recibir a nadie.

A petición del jefe local de la Falange de Granada, hizo la adaptación a marcha del «Himno de los Almogávares». En 1938 fue nombrado presidente del recién creado Intituto de España, pero pudo esta vez excusarse, diciendo que su estado de salud no le permitía aceptar el cargo. Falla no tuvo la fortuna —según alega su biógrafo José María de Cúllar— de que Granada (donde residía) cayera del lado nacional (1).

El 2 de octubre de 1939, se embarcó con rumbo a la Argentina, donde había sido invitado a dirigir unos conciertos. Falla iba a saborear el

(1) J. M. de Cúllar: «Falla. Otro español universal» (Madrid. Ediciones PPC, 1968), pág. 90.



Radicado en Granada entre 1920 y 1939, Falla hizo en la ciudad andaluza muy importantes amistades, entre ellas, Federico García Lorca y don Fernando de los Ríos. Con, respectivamente, los números 3, 2 y 4 sobre sus figuras, aparecen en esta imagen con motivo de un homenaje dedicado a Margarita Xirgu (1) tras el éxito de la lorquiana «Mariana Pineda».

9/27

Mi querido don Manuel: Cuando reciba usted esta carta ya estará camino de Granada después de dejar con cierta pena esta hermosa tierra catalana donde tan bien lo he pasado. No se puede usted imaginar lo mucho que lo quiero aquí y cuánto añoramos sus recuerdos por el solo hecho de ver algunos de usted. Yo le he recordado voluntariamente mientras se realizaba el desayuno de Mariana Pineda lleno de un maravilloso andalucismo invitado a sagarmundo por Dalí a través de fotografías geminas y de conversaciones más saltadas horas y horas y sin nada de tipismo ya hablaremos de todo esto y de varios proyectos que tengo y quizá le sean interesantes.

Lo de los "cuentos sacramentales" ha sido por fin un gran éxito en toda España y un éxito de nuestro amigo Garcerán que día tras día y modestamente consigue ganar nuestra máxima admiración. Esto me produce una extraordinaria alegría y me da unánime los muchos versos que se pueden hacer y que debemos hacer en Granada. Salude a María del Carmen de mi parte, déle gracias por su tarjeta y reciba usted un abrazo de respetuoso cariño y de amistad.

Federico.

Hice una exposición de dibujos obligado por todos, ¡y he vendido cuatro! De caricaturas de recuerdos. Mil gracias por todo y por su felicitación.

Le saluda cordialmente
Salvador Dalí



A medida que crecía su obra, el prestigio de Falla se iba ensanchando por el mundo. Especialmente en Francia contaba con un amplio círculo de amigos, que esta foto ejemplifica: (de izquierda a derecha) Robert Delaunay, Boris Kochno, Igor Stravinsky, Sonia Delaunay, Diaghilev, el propio Falla y Barocchi.

amargo pan del exilio, uniéndose prácticamente a la totalidad de músicos españoles. Nunca hizo comentarios sobre los motivos de su salida de España, sabiendo —como todo el mundo— que no habría de regresar nunca.

Falla se llevó consigo, en el viaje a América, su *Atlántida*. Tras una breve estancia en Buenos Aires, se trasladó a la ciudad de Alta Gracia, en la provincia de Córdoba (Argentina). Allí, en el chalet «Los Espinillos» vivió y siguió trabajando en el poema de Verdaguer hasta su muerte, ocurrida el 14 de noviembre de 1946.

El cuerpo de Falla fue devuelto a España, siendo enterrado en la cripta de la Catedral de Cádiz.

La *Atlántida* fue completada por su discípulo

Ernesto Halffter. Se estrenó, en Barcelona, el otoño de 1961. Halffter ha llegado a decir:

«Dentro de la obra total de Falla, *Atlántida* se coloca como su creación más universal y por encima de cualquier límite o polémica nacional o estilística. Falla quiso expresar en ella su última lección de fidelidad a los que habían sido siempre sus ideales: ideales tonales en lo referente al lenguaje musical e ideales de espíritu cristiano. Esta es la lección que quiere dar *Atlántida*: enseñar a las nuevas generaciones que, entre la continuidad de la tradición, es posible lograr una nueva expresión que permita al hombre encontrarse a sí mismo en la conciencia del propio destino».

Falla, como decíamos al comienzo de estas notas, representó para la música española del siglo XX la posibilidad de su renacimiento. Fue capaz de resolver la disyuntiva existente en nuestra cultura entre españolismo y euro-peísmo. Supo dar, en suma, a lo español universalidad y, a la vez, introdujo las corrientes europeas en España. Su largo, solitario y ascético camino de músico tuvo siempre presente al público. Sus palabras de 1925 son del todo explícitas y conservan todavía actualidad: «Yo creo —decía Falla— en una bella utilidad de la música desde un punto de vista social. Hay que hacerla no de manera egoísta, para sí mismo, sino para los demás. Sí, trabajar para el público sin hacerle concesiones: he aquí el problema. Esto es en mí una preocupación constante». ■ F. C.



El 2 de octubre de 1939, Falla embarca rumbo a la Argentina para dirigir unos conciertos. El mismo ya sabía que no iba a regresar nunca a nuestro país, como efectivamente sucedió, uniéndose a la amarga lista del exilio. Tras siete años allí —durante los que condujo varias orquestas, como en este caso—, falleció en su chalet de Alta Gracia (Córdoba, Argentina) el 14 de noviembre de 1946.